

CRÓNICAS

BEATA HERMANA MARIA GABRIELA SAGHEDDU **Monja Trapense**

“Gabriela de la Unidad” – la Santa Teresita del Ecumenismo 1914-1939

I– DATOS DE LA VIDA Y ESPIRITUALIDAD DE LA HERMANA MARÍA GABRIELA BEATIFICADA POR SU SANTIDAD JUAN PABLO II (25-I-1983)

17 de marzo de 1914: Nace en Dorgali, Provincia de Nuoro, Isla de Cerdeña, Italia. Hija de Mario Antonio Sagheddu (muerto siendo muy niña María Gabriela) y de Catalina Cuca. Es la quinta de ocho hermanos.

22 de marzo de 1914: Es bautizada en la Parroquia de “Santa Catalina”, en Dorgali.

29 de marzo de 1924: Hace su Primera Comunión.

31 de mayo de 1931: Recibe la Confirmación.

De toda esta época de niñez y adolescencia se recoge el testimonio de su madre y hermanas:

“Tenía un carácter contestador, se enojaba, pero generalmente era obediente. En la escuela como en la casa se imponía. Cuando quería hacer algo no se daba por vencida hasta alcanzarlo. A veces contestaba a la madre. Esto, para nosotros, significaba ser poco respetuosa, pero no era mala. Lo hacía así porque siempre quería salir con la suya”. A los quince años razonaba más manifestándose austera y fuerte. No cedía fácilmente, pero no por capricho sino para comprender si lo que se le exigía era bueno. Quería ver claramente las razones de lo que debía hacer y después lo hacía sin titubeos.

1932: Se orienta hacia la oración y la frecuencia de los Sacramentos. “Desde el momento en que la jovencita, obstinada e impetuosa, se puso en contacto con la cruz de Cristo **a través de la muerte de su hermana predilecta**, decidió rendirse a Él, recurrió dócil y humilde a la guía de un Padre espiritual, y aceptó insertarse en la vida de la Parroquia, inscribiéndose en la Juventud Femenina de Acción Católica, entregándose a los pequeños en la catequesis, haciéndose servicial para con los ancianos, pasando horas en oración; desde entonces comenzó esa “conversión” que la acompañó día tras día, hasta acoger la llamada vocacional, y dejar atrás –cuando apenas tenía 21 años– la tierra amada y las personas queridas de su Cerdeña, para presentarse, pronta a la voz del Esposo Divino, en las puertas de la Trapa” (de la Homilía de S.S. Juan Pablo II durante la Misa el día de la Beatificación).

1934: Ingresa en la Acción Católica.

30 de septiembre de 1935: Entra en el Monasterio Trapense de “Nuestra Sra. de San José” de Grottaferrata, hoy Vitorchiano.

Se presenta sonriente, desenvuelta, dulce, con dignidad. Para ser guiada en su llamado a la vida religiosa había hablado con su Director Espiritual, Don Basilio Meloni, dejando a él la elección de la Orden a la cual pertenecería.

13 de abril de 1936: Recibe el hábito religioso. En esa oportunidad escribía a su madre: “Hoy ha sido para mí un gran día esperado y deseado. Hice con Jesús el pacto nupcial de eterno amor. Él será todo mío y yo seré toda suya. Él, mi Creador, ha querido llamarme su esposa. Es verdaderamente grande el amor de Jesús. El amor de Jesús purifica, quema los corazones. Yo siento que me ha amado siempre y ahora me ama todavía más. Comprendo esta predilección que Él ha tenido conmigo”.

Corresponden a este primer período de vida monástica las características que de la Hna. Gabriela diera su Madre Maestra: total sumisión de intelecto y voluntad; muy inteligente; buena memoria; rectitud; sano criterio; abierta a todo lo bueno; amante de la obediencia. Siempre fue tranquila y serena. Todo le gustaba, todo era fácil. Se encontraba en su ambiente.

31 de septiembre de 1937: Hace la profesión religiosa. La felicidad de la que se siente colmada en este momento queda así reflejada en una carta a su madre: “He encontrado aquí a muchas hermanas y todas me quieren mucho. Somos más de 50. Me encuentro muy bien de salud y en todo. Que también, tú, madre mía, seas feliz, y da gracias al Señor por esta gracia grande que te ha hecho a ti y a mí. El Señor ha tomado de tu casa una florcita del campo y la trasplantó a su claustro. Te comunico que he sido admitida a la profesión. Mi felicidad llega al culmen “.

También en una reflexión que escribe: “Yo pobre creatura llegué a ser reina. Qué gozo, qué felicidad haber sido admitida por Jesús a las místicas bodas. Mi felicidad desborda. He llegado a ser la esposa de Jesús”.

Esa felicidad que la Hna. Gabriela siente necesidad de manifestar nacía también del ver superados sus temores de una postergación de su Profesión.

En esta ocasión hace una oración a Jesús para que la consumiera como una pequeña hostia para Su gloria y para la salvación de las almas. Este “PEQUEÑO OFRECIMIENTO” dice: “Jesús, ven y reina en mi alma como Rey de amor. Yo me ofrezco a Ti en unión con tu sacrificio, aunque indigna. Espero firmemente que el Padre divino mire con ojo de complacencia mi **pequeño ofrecimiento**, porque estoy unida a Ti y he dado todo lo que estaba en mi poder. Jesús, consúmeme como una **pequeña hostia de amor** para tu gloria y la salvación de las almas. Jesús, haz que me mantenga siempre fiel a las promesas y que no tenga nunca que retomar lo que te di en este día. Jesús, ahora haz de mí lo que quieras; que me enferme, que muera, poco me importa; estoy dispuesta a todo. O también que llegue a ser tísica; estoy lista. Señor Jesús, siempre quiero ser víctima, pero haz Tú todo, porque sabes que no sé sufrir”.

Diciembre de 1937: El P. Couturier envía una carta a la Madre Abadesa –M. Pía Gullini– en la que expresaba su conmovedora admiración por el sacrificio de la M. Inmaculada Scalvini, intercesora con todas las demás Hermanas de la Comunidad por la Unidad de los cristianos.

Enero de 1938: el mismo P. Couturier, antes de la “Semana por la Unidad de los Cristianos” envía al Monasterio –como a todos los de vida contemplativa– una relación en la cual, entre otras cosas decía: “Algunas vidas fueron ofrecidas, con todo lo que la prudencia exigía, y aceptadas por Cristo. Una religiosa trapense italiana muerta el 25 de febrero de 1937. Un eminente pastor protestante francés, muerto en octubre de 1936. Sabemos también de muchas otras vidas ofrecidas en el anglicanismo, que Dios todavía deja en el trabajo, o en el sufrimiento o en la oración. Hay también otros en el catolicismo”. La Abadesa introdujo en el contexto de la vida monástica el testimonio sufrido y ardiente de las grandes figuras del ideal ecuménico. El P. Couturier y la Abadesa iban, así, preparando el camino para el ofrecimiento de la Hna. Gabriela. En sus escritos se encontró esta frase: “Nunca he podido ver hacer un

sacrificio sin desear realizarlo también yo”. Ya hecha su profesión religiosa el sacrificio de sí misma se le presenta vivo. Y OFRECE SU VIDA POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS. Para ello, según testimonios de sus Superiores, la Hna. Gabriela habló con su Madre Maestra: “Me dijo que el Señor quería, le pedía si también ella quería ofrecer su vida por la unidad de los cristianos. Este asunto no podía dejarme indiferente. Yo había estado 25 años en las misiones, había tenido y tenía todavía entre los Hermanos separados muchas personas queridas, y era muy vivo mi deseo de que entraran todas en el único rebaño del Buen Pastor. Pero la experiencia me había enseñado que el gran medio para obtener esto es la oración y el sacrificio. La Hna. Gabriela me dejaba a mí la oración y ella quería asumir el sacrificio. ¿Podía yo negarle esto? Tuve enseguida la impresión de que aquel sacrificio había sido aceptado y que yo perdía una hija que prometía muchas y bellas esperanzas. Pero la gloria de Dios me había comprometido y no demoré en darle mi consentimiento, pero le dije que debía hablar a la Madre Abadesa y conformarse con su decisión”. La Hna. se presentó ante la Abadesa quien la vio arrodillada, dulce, suplicándole que le permitiera **ofrecer su vida** por la unidad de los cristianos. Decía: “Mi vida no vale nada, no sé hacer nada”. La M. Abadesa tuvo el mismo temor que sintió la M. Maestra y contestó: “Yo no te digo que sí, ni que no. Habla con el P. Capellán y después el Señor hará lo que El quiera”. La Hna. Gabriela salió de la entrevista con el rostro radiante de gozo, pidió consejo al P. Capellán e **hizo su ofrecimiento**.

El mismo día del permiso y de su ofrecimiento empezó a sentir el mal: “He sentido el mal en las espaldas desde aquel día y ya nunca más estuve bien de salud. Cada día he sufrido. Siempre había gozado de buena salud, y no me había dado cuenta de este pobre cuerpo mío. Encontraba todo fácil”. Era la confirmación de que su deseo de inmolación venía de Dios y había sido por El aceptado. Recibía la seguridad que ya tenía al presentar su pedido de permiso para su ofrecimiento: “Me parece verdaderamente que el Señor lo quiere; me siento empujada a pensar en esto aún no queriéndolo”.

Febrero de 1938: Poco a poco la salud de la Hna. Gabriela va empeorando. En tres oportunidades se la somete a revisión médica. Al principio no se le dio importancia. Una radiografía alertaría sobre el mal: mancha de tisis en su pulmón derecho.

18 de abril de 1938: Es internada en el hospital. Un tratamiento con pneumotórax había dado resultados contrarios. La Abadesa la previene: “Hija, cuando uno se ha ofrecido, debe estar lista para todo”. Y al Capítulo de la Comunidad le diría: “No se puede medir a qué alturas de amor y donación el Señor llama con su “sígueme” cuando un alma se ofrece por amor como Él, con Él y por Él”.

Desde el hospital escribe: “Deseo tanto volver al desierto de la Trapa. Enfrente de mi cama tengo un Crucifijo. Mi sacrificio es nada en relación al Suyo. Antes no podía someter mi corazón; ahora he comprendido verdaderamente que la gloria de Dios y ser víctima no consiste en hacer grandes cosas sino en el sacrificio total del propio yo”.

23 de mayo de 1938: La Hna. Gabriela vuelve al Monasterio, a la enfermería. Toda esta época de su enfermedad que avanza se la puede seguir a través de las cartas que la Abadesa le escribe a la mamá:

Carta del 23-VI-38: “Mi buena señora: El Señor quiso honrarla con el privilegio de pedirle su hija para hacerla su esposa. Ahora parece que quiere apresurar las bodas.

Querida y buena señora, me explico. La Hna. María Gabriela, que siempre ha gozado de óptima salud, después de un resfrío, empezó a palidecer pero el médico dijo que no era nada. El cambio de su color me preocupaba y la hice revisar nuevamente. El doctor encontró un poco de catarro y dijo que eso no le parecía de ninguna importancia, pero para mayor seguridad quise que se sacara una radiografía. La hice llevar a las Hermanas del Hospital y los médicos al revisarla

tuvieron el mismo parecer que nuestro médico; pero la radiografía manifestó una ligera sombra en el pulmón derecho. Se decidió curarla enseguida con el pneumotórax en un sanatorio, mientras los médicos afirmaban la completa e inmediata recuperación de la salud. El pneumotórax tuvo el efecto contrario, como muchas veces sucede y accediendo a las súplicas de la Hna. Gabriela quise que volviera al Monasterio, pero me di cuenta enseguida de un grande y grave cambio. Para mí fue un gran dolor porque su hija es una de las mejores y la quiero mucho por su gran virtud. Pero sabiendo que la Hna. Gabriela se había ofrecido al Señor para una noble causa, la de apresurar la Unidad de los Cristianos, comprendí que el Señor había aceptado el Ofrecimiento. Ella misma me dijo: “Desde aquel día que me ofrecí, no estuve nunca bien”.

Esto fue al final de enero, pero nosotras nos dimos cuenta solamente en abril aunque la había dispensado del ayuno cuaresmal, encontrándola un poco pálida como le dije.

Buena señora, sé qué dolor le causo diciéndole todo esto, lo sé por la pena que yo siento. Pero con los ojos de la fe vea que su hija ya está lista para las próximas bodas celestiales y divinas, y llore como una madre llora cuando un esposo terrenal le pide la hija y la lleva a su pueblo. Son lágrimas, pero diría de gozo, pensando en la felicidad de su hija.

Ahora le aseguro que la Hna. Gabriela es feliz, está también serena y profundamente contenta. El médico dice: “Puede ser que se reponga”. Pero yo no lo creo; la constitución robusta no vale si Dios la llama. Hemos hecho todo lo posible para que comiera, pero ahora no soporta más la carne, ni el queso, ni el pan. Toma mucha leche, cuatro huevos y fruta pero esforzándose por obedecer. Le falta apetito.

Querida y buena señora, he querido avisarle, aunque su hija no lo quiere para no hacerla sufrir. Pero no se aflija como aquellos que no tienen fe. Su hija es una óptima religiosa; me atrevería a decir, ahora que veo con qué sentimientos sufre, me atrevería a decir: es una santa religiosa. Sus hermanas de noviciado envidian sus admirables disposiciones. La enfermedad puede todavía durar meses. ¿Cuántos? Es el secreto de Dios. Quédese tranquila que nada le falta a su hija, y si le escribe hágalo como una madre digna de tal hija.

Hna. María Pía.

Carta del 29 de marzo de 1939: Buena y querida señora: Su hija, con el deseo inmenso del alma y con el progresivo avance de la enfermedad, se encamina hacia el Paraíso. Calma, serena, siempre contenta, siempre pronta al sacrificio, parece verdaderamente más un ángel que creatura de aquí. No crea que exagero, ni que digo esto porque Ud. es su madre. Es verdaderamente así y más aún. Es una bendición para Ud. y la familia y lo será todavía más cuando el Señor del cielo y de la tierra la lleve a reinar con Él.

Querida y buena señora, ruegue por su hija, para que su virtud, yo diría su santidad hecha de gozo, humildad y abandono en Dios, aumente siempre más.

Humildemente.

Hna. María Pía.

31 de marzo de 1939: la Hna. Gabriela recibe la Unción de los Enfermos. 8 de abril de 1939: la Hna. Gabriela recibe el Viático. Es Sábado Santo.

La Abadesa escribe a la mamá: “Buena y queridísima señora: Hace unos días su hija me dijo: “Me vino a la mente que tal vez me tomará como cordero pascual”. Probablemente será así. Se apaga rápidamente; ya le han administrado, el viernes pasado, el Sacramento de los Enfermos y hoy el Santo Viático. Ella lo deseaba tanto. Ha sido y es tan feliz. Cuando dice: “Qué bueno es

el Señor”, sonriendo y levantando los ojos, con un gesto que le es habitual, se transforma y me parece un ángel.

Querida señora, cómo desearía contentarla enviándole una fotografía, pero somos monjas de clausura y nadie puede entrar y también las que sabían algo de fotografía no podrían sacarla. Haga también este sacrificio. Se parece tanto a Santa Teresa del Niño Jesús, con sus ojos grandes, que hacen pensar en el Paraíso. Está tranquila, serena, contenta. Toma algún bizcocho con agua mineral y le hemos puesto jugo de naranja en el agua y así la toma y sonríe porque proviene de su casa.

Señora, estoy segura de que el Señor la bendecirá por su hija, a Ud., a su familia y a muchos más. Puede prolongarse todavía, no sé verdaderamente; el Señor lo sabe y hace todo bien. Dejémoslo hacer y demos gracias. Con afecto,

Hna. María Pía.

21 de abril de 1939: Nueva carta de la Abadesa a la Madre escrita precisando la hora: 5.00.

Queridísima señora: Le escribo desde aquí cerca de su hija, quien está tranquila y a menudo sonriente, siempre dulce en la inmovilidad que precede al viaje de bodas. También esta noche estuve aquí, porque se encuentra al final de su peregrinaje y estas enfermedades pueden prolongarse más allá de toda previsión, pero también pueden dar sorpresas. A las 11 hs. según la respiración, me pareció que el Señor la tomaba; entonces llamé al P. Capellán, un verdadero santo sacerdote, lleno de celo y amor, con sus 70 años. Cuando la Hna. Gabriela lo vio, lo recibió con una sonrisa llena de santo gozo. Le llevó la Comunión a medianoche y después mejoró. Estuvimos aquí alrededor de ella, rezando. Le dije: “Estoy escribiendo a la mamá”. Ella me dijo: “Gracias”. Se une a las oraciones en silencio y aunque sufriendo. Cuando se le pregunta si quiere sufrir, si Dios lo quiere, dice enseguida que sí.

Cuando el Señor la admita en la unión eterna, le enviaré un telegrama y entonces Ud. se alegrará y agradecerá más que nunca; tendrá a su hija más cerca que ahora.

Que el Señor la bendiga,

Hna. María Pía.

23 de abril de 1939: MUERE A LOS 25 AÑOS DE EDAD.

Deja una carta para ser entregada a su madre después de su muerte. En ella decía:

“Queridísima madre: Te envío estas líneas para mandarte mi último pensamiento y mi último saludo. El Divino Esposo ha renovado la invitación y el suspirado día se acerca. No te digo el día de la muerte, sino el día en el cual, desatadas las ataduras de esta pobre carne, podré finalmente pasar de esta vida a la feliz y bienaventurada del cielo. La separación del cuerpo no es una muerte, sino el paso hacia la verdadera vida. Alégrate madre mía porque allá arriba no habrá más clausura y aunque tú no me verás, podré venir a visitarte y abrazarte, mientras siento siempre más crecer mi amor hacia ti. Quédate tranquila porque desde allá te seré más útil que desde aquí, porque desde allá veré más claramente tus necesidades y podré interceder más al Señor. No llores ni hagas de esto una tragedia como hacen en Dorgali, porque me harías sufrir. Deseo que el mismo día que recibas la noticia, todos participen en la Santa Misa, hagan la Comunión, y así rezando por mí, agradezcan al Señor las gracias que me dio y su predilección

hacia mí. Insisto en que todas estén tranquilas y contentas en el Señor, que recen por mí, que me encomienden a las oraciones de los parientes y conocidos, a los cuales junto a ti envío mi último saludo. Por última vez, pido a todas perdón por las ofensas hechas. Te abrazo estrechamente en el Corazón de Jesús, junto a toda la familia. Siempre tu hija,

Hermana María Gabriela”.

26 de abril de 1939: Carta de la Madre Abadesa a la mamá de la Hna. Gabriela:

“Queridísima señora: Con cuánto deseo esperará esta carta. Con ella tendrá también la última carta de su hija, que escribió según mi consejo y en común acuerdo se decidió enviarla después de su tránsito al reino celestial.

El jueves 20, la Hna. Gabriela empeoró sensiblemente. Desde Pascua se la vigilaba durante la noche, pese a la pena que ella sentía de molestar. El jueves a medianoche recibió la Comunión y así también el viernes, porque se temía el momento en el cual ya hubiera sido demasiado tarde. El sábado por la mañana hubo una mejoría que precedió al tránsito. Después empezó a sufrir mucho. Su cuerpo de 25 años y dos meses se opuso con una fuerte resistencia. Pero sufría con tanta mansedumbre, asintiendo con actos de aceptación, de amor, de ofrecimiento que le sugeríamos. El sábado por la tarde parecía estar en los últimos momentos, pero plenamente consciente. Con una voz que apenas se entendía pidió: “La Comunión si se puede, si se puede”. Se le llevó la Comunión como Viático. Se compuso un poco. Nos quedamos toda la noche la enfermera, dos Hermanas y yo y también quiso quedarse, pese a su edad avanzada, el P. Capellán, quien no quería dejar de acompañarla hasta el último suspiro. La tarde del sábado, providencialmente, la visitó el R. P. Abad, nuestro Superior, con el Procurador General de la Orden. Vino también el señor Obispo, a quien le propuse dar una bendición a nuestra joven enferma. Con mucho gusto la bendijo y se encomendó mucho a sus oraciones. Toda la noche sufrió mucho, pero como un cordero. A las 2 hs., recitando el Oficio de Vigilias se tranquilizó completamente, retomó su respiración tranquila y una expresión deliciosa de niña. Quedó así por horas; después volvió el sufrimiento agudo. Vino el P. Capellán después del sermón a la Comunidad y le preguntó si quería recibir a Jesús. Se tranquilizó, sonrió y como preparación y agradecimiento le repetía: “Qué bueno es el Señor”.

Siempre empeorando, pero casi quedando igual, sufriendo mucho y siempre dulce, modesta y con dignidad, continuó hasta después de mediodía. Sus manos estaban moradas, sonreía como podía, besaba el Crucifijo con largos besos, cuando se lo alcanzábamos. A las 16 hs. todas fuimos a Vísperas, quedando sólo la enfermera. Entonces entró en agonía. La enfermera, óptima religiosa, suplicó al Señor con fe que prolongara la vida de Gabriela hasta que se terminara Vísperas y pudieran volver todas las Hermanas. Dios la escuchó. Después de Vísperas me fui a la enfermería con toda la Comunidad. Vino el P. Capellán. Tenemos la costumbre de anunciar la agonía con un cierto número de toques de campana. Se equivocaron y tocaron la campana como en las fiestas. Verdaderamente era la fiesta de bodas.

A las 17.30 dejó de respirar, bajó las cejas como cuando no pudiendo hablar lo hacía para decir “Sí”. Después las levantó. Estaba ya con su Señor que amó tanto hasta ofrecerle el sacrificio de su joven vida por la Unidad de los Cristianos. Era el domingo del Buen Pastor y el Evangelio hablaba de “otras ovejas que no están en el rebaño y que conviene reunir”.

Señora, ahora puede llorar. Es madre. Pero agradezca, agradezca, agradezca al Señor. Ayer tuvo lugar la ceremonia de sepultura. Durante la noche la velaron en la iglesia sus Hermanas de Dorgali y otras de dos en dos. Ahora reposa en el sepulcro del Monasterio, que se encuentra bajo el presbiterio, en un ataúd puesto bajo el altar.

Queridísima señora, su deseo de la fotografía, muy justo y comprensible, me ha quedado grabado. Un día hizo la tentativa el P. Capellán, pero con poco resultado. Pero, de una manera providencial he podido tomarla cuando estaba expuesta en el coro. No pude hacer más. Ahora en espíritu le es y estará cerca. Le enviaré el rosario que, estando enferma, puse en sus manos y le dije que lo enviaría a su madre. “Gracias”, me contestó con alegría. Está bendecido por el difunto Papa.

Que Jesús la bendiga, querida señora.

Hna. María Pía.

23 de mayo de 1940: Publicación de la primera biografía.

15 de enero de 1957: Su cuerpo se encuentra incorrupto.

23 de abril de 1958: Comienzan los Procesos informativos en las diócesis de Frascati y de Nuoro.

20 de enero de 1960: El Proceso es depositado en la S. Congregación de Ritos.

15 de julio de 1965: S.S. Pablo VI firma el Decreto de introducción del Proceso apostólico.

3 de agosto de 1966: Se abre el proceso de beatificación y canonización en la Curia de Nuoro.

1969: Los Procesos apostólicos se terminan.

1975: El cuerpo de la Hna. Gabriela es transferido a la cripta del Monasterio de Vitorchiano (Viterbo).

1º de agosto de 1978: S. S. Pablo VI por medio de un Decreto, anticipa en 10 años la posibilidad de discutir las virtudes heroicas.

4 de mayo de 1981: Por un Decreto de S.S. Juan Pablo II es declarada la heroicidad de las virtudes de la Hna. Gabriela: **VENERABLE**. Quedaba así declarado formalmente por el Papa que la Hna. Gabriela realizó en grado heroico las virtudes fundamentales de la vida cristiana. Se lo declaró con rito solemne y austera simplicidad. En esta ceremonia, presidida personalmente por el Santo Padre, por particular permiso del mismo fueron admitidos: la hermana mayor de la nueva Venerable, la Sra. María Giovanna Sagheddu de Mesina, La Madre Cristina Piccardo, Abadesa de la Comunidad Trapense a la cual pertenecía la Hna. Gabriela y que tiene, devotamente, en Vitorchiano, sus restos venerados. También asistió el Abad de la abadía benedictina anglicana de Nashdom, Dom Wilfrid Weston, para manifestar el signo y el valor ecuménico de la vida y del ofrecimiento de la Hna. Gabriela.

16 de noviembre de 1982: Al reconocerse como auténtico un milagro se abre el camino hacia la beatificación de la Hna. Gabriela.

25 de enero de 1983: ES SOLEMNEMENTE PROCLAMADA “BIENAVENTURADA” por S. S. Juan Pablo II, en la Basilica de San Pablo extra muros en Roma. Es elegida esa fecha por ser la de la clausura de la “SEMANA DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS”.

La Hna. Gabriela nunca quiso hablar de sí. No escribió su autobiografía. Para acercarnos a ella debemos recurrir a las personas que la conocieron: familiares, Director Espiritual, Madre Abadesa, Madre Maestra y Hermanas Trapenses. Hay un vacío total sobre aquel mismo tema que la iba a hacer célebre y sobre el cual, en modo especial, el Señor ha concentrado la atención del mundo eclesial: SU OFRECIMIENTO POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS. La Hna. María Gabriela nunca habló sobre esto; llevó generosa y gozosamente el peso y las consecuencias de tal ofrecimiento. Sólo, ante la pregunta, confirmó en pocas palabras la existencia del mismo.

Dios quiso esconder a los ojos de los hombres el momento más misterioso y más fuerte de su encuentro con “Gabriela de la Unidad”, encuentro que, heroicamente, santamente, se produciría dentro de las dimensiones de una vida ordinaria y sencilla de entrega y de alabanza.

II- CARACTERÍSTICAS DEL TESTIMONIO DE LA HNA. GABRIELA

- Su exclamación habitual: “Qué bueno es el Señor”.
- El juicio de sí misma: “Yo no cuento nada, no hago nada”.
- Su programa: “Renunciar a mi voluntad”.
- Su deseo: “Amar siempre más a mi Dios y a mi Esposo”.
- El ideal: “Unión íntima y constante con el Señor”.
- El secreto de su victoria: “Mirada humilde y confiada de amor, antes de obrar”.
- Su oración: “Jesús, Señor, Hermano y Esposo mío. Te suplico que me ofrezcas contigo en todos los cálices, en todas las hostias, en todas las Misas que se celebran en el mundo y me hagas digno holocausto para presentar a la Divina Majestad, para su mayor gloria. Jesús, que yo Te glorifique y que Tú seas glorificado en mí”.

III- DE LAS OPINIONES DEL POSTULADOR DE LA CAUSA BEATIFICACION

El P. Paolino Beltrame Quattrocchi expresa:

- Una vez que se encontró con Dios, la Hna. Gabriela empleó todas sus fuerzas en “dejarse hacer por El” con tal compromiso de fidelidad que llegó a ser una trasparente imagen del amor de Dios.
- Se ha distinguido por una virtud particularmente evidente en ella: perderse en Dios.
- Tenía también sus defectos. Sin defectos no se construye la santidad. Es la rebelde testarudez de la pequeña Gabriela la que nos da la dimensión heroica de la Hna. Gabriela.
- *Podríamos preguntarnos si la Hna. Gabriela, que vivió en la clausura de un Monasterio, es una santa moderna. La santidad no es otra cosa que una transparencia del absoluto de Dios en la contingencia del hombre. Es la auténtica manifestación de lo divino en lo humano, de lo eterno en los espacios del tiempo. Y lo humano del santo está enraizado en el tiempo, se mide y se relaciona con su tiempo. Hay por lo menos dos excelentes motivos para colocar a la Hna. Gabriela entre los santos modernos:*

1. Su exquisita sensibilidad en relación con el ecumenismo, haciéndola una de las más avanzadas del movimiento ecuménico posconciliar.
2. Su elección del absoluto en la vida claustral, que caracteriza irrevocablemente una de las opciones más modernas de la juventud femenina de nuestro tiempo. La Hna. Gabriela no eligió la vida contemplativa, sino que se dejó elegir. Dijo “sí” al Señor que la elegía.

Además de la Gracia de Dios y de su voluntad contribuyeron a su santificación: **Su familia** a través, sobre todo, del ejemplo y la sabiduría de su madre Catalina; **la Parroquia** con los Sacerdotes que contribuyeron a formar su carácter y a orientar sus energías no comunes, inicialmente rebeldes, hacia las metas más arduas de una disponibilidad a Dios sin reservas; **la Comunidad Trapense de Grottaferrata**, con su régimen austero de vida; con la personalidad de la Abadesa, autoritaria y muy sensible, a las aspiraciones más nobles (son un ejemplo su correspondencia con Dom Ley, Prior de la Comunidad Benedictina Anglicana de Nashdom y con la Sra. Schutz Marsanche madre del Prior de Taizé, Roger Schutz); con la atmósfera ecuménica bastante desarrollada que dio también como fruto el sacrificio y ofrecimiento de la Hna. Inmaculada quien murió un mes después de haberse ofrecido como víctima por la unidad de los cristianos.

IV- SENTIDO DEL OFRECIMIENTO POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS (“Ecumenismo espiritual”)

En los años 30 el ideal ecuménico no era más que una semilla. Su mayor resultado consistía en la “Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos”. La iniciativa ecuménica nació entre las iglesias separadas. En 1907 había comenzado en la Iglesia Católica la “Semana por la Unidad” bajo el lema: “Rezarse sin cesar para que sean uno”.

En 1935 el Abad de la comunidad benedictina de Nashdom en la Iglesia Anglicana, Dom Martin Collet estableció estrechos vínculos con Dom Couturier, del Clero de Lión, Francia, Oblato benedictino de Amay. Dom Couturier era un ardiente y magistral apóstol de la “Oración universal por la Unidad de los Cristianos”.

Por medio de Dom Couturier la Madre Abadesa del Monasterio Trapense de Grottaferrata, Italia, se relaciona con la Comunidad de Nashdom. Del interés de la Abadesa, M. Pía Gullini, por el ideal ecuménico, nace el ofrecimiento de la vida de la Hna. Inmaculada Scalvini quien muere un mes después de haberlo hecho: el 25 de febrero de 1937. La Hna, María Gabriela recogería la herencia espiritual de la Hna. Inmaculada. Su ofrecimiento fue conocido por el Monasterio anglicano de Nashdom.

Todas las etapas de la beatificación de la Hna. Gabriela, primera mártir del ecumenismo reconocida, han sido seguidas por las Religiosas no católicas del Monasterio ortodoxo ruso de la Pisana, por las luteranas “Hermanas de María” de Darmstadt, por la Comunidad de los Santos Nicolás y Sergio y por los Monjes Benedictinos Anglicanos de Nashdom. Así toma su significado el día de su muerte: domingo del Buen Pastor para la Iglesia Católica, fiesta de San Jorge, Patrono de Inglaterra para la comunidad anglicana. Esto ha llevado al Abad de ese Monasterio a decir: “Un amor como el de la Hna. Gabriela destruye todos los prejuicios contra Roma, enraizados en muchos anglicanos. Si todos experimentaran esta misma caridad, las paredes de la separación se transformarían en polvo”.

La Hna. Gabriela intuyó que se puede ser apóstol también en el silencio y en la soledad de la clausura y que para reunir a la humanidad bajo un solo rebaño y un solo pastor, los instrumentos más idóneos y más poderosos son la oración y el sacrificio total de sí. Su mensaje es el de una vida silenciosa, entregada a la oración y al trabajo, vida enriquecida por el sufrimiento heroicamente aceptado que transforma en un ardiente holocausto consumado por la causa de la unidad de los cristianos. Esto da una dimensión nueva a un mundo de exhibiciones superficiales y lo enriquece con una auténtica figura humana. Es testimonio también de una vida ofrecida y consumida en un mundo que se apega desesperadamente a la vida aunque muchas veces la tire en el vicio, en el placer, en la violencia, en la droga.

La tradición benedictina y cisterciense, con san Benito y san Bernardo, cuenta con un número grande de santos. Entre ellos la Hna. Gabriela no brilla ni por la cultura, ni por grandes obras

exteriores realizadas al servicio de la Iglesia. Es una pequeña luz en el firmamento de la historia de la Iglesia y de la Orden Cisterciense. Pero no pequeña a los ojos de Dios. Lo grande que brilla en ella es el gran amor que la mueve a entregar su vida joven por Cristo y por su Iglesia desunida, dividida. Sólo un gran amor puede llevar al sacrificio de la propia vida.

¿Dónde está entonces la grandeza de la Hna. Gabriela? No en el hecho de que sufrió y murió sino en el hecho de haber respondido con un amor total, hasta las últimas consecuencias, a la secreta luz de Jesús que iluminaba su conciencia y la invitaba a dar su vida. Su amor fue tan grande que la Iglesia ha declarado solemnemente que ha vivido el Evangelio en grado heroico.

La breve y humilde vida de la Hna. Gabriela es una invitación a todos los cristianos, católicos o no católicos, a vivir el amor más grande y por eso a sacrificarse para realizar la unidad cristiana querida por Cristo para todos los que creen en El: “Que todos sean una sola cosa, para que el mundo crea que Tú me has enviado “ (*Jn 17,21*).

El Padre I. Ortiz de Urbina, SJ, (del Pont. Instituto Oriental, Roma), al hacer la crónica de la vida de la Hna. María Gabriela termina diciendo: “EL ECUMENISMO TIENE HOY SU MÁRTIR EN LA TRAPA”. Y agregamos: la familia trapense, la familia benedictina, los católicos, los cristianos, los no católicos, el mundo todo al vivir en plenitud este momento de Gracia tienen, una vez más, que reconocer y agradecer en oración y alabanza este testimonio de fe, de respuesta al Señor, de total AMOR AL PRÓJIMO. Convocan a la reflexión las palabras de S. S. Juan Pablo II en la Misa del día de la Beatificación: “El descubrimiento de lo vertical, de lo absoluto de Dios, da sentido y urgencia eficaz a la apertura horizontal a los problemas del mundo. Hay aquí una llamada, más preciosa hoy que nunca, contra la fácil tentación de un horizontalismo cristiano que prescindiera de la búsqueda del vértice; de un psicologismo que ignore la misteriosa presencia y la imprevisible acción de la Gracia; de un activismo que parta y se cierre sólo a nivel y en perspectiva terrena; de una fraternidad que renuncie a ser iluminada por una común paternidad divina”... “Esto nos lleva no sólo a admirar y venerar, sino a reflexionar, a imitar, a profundizar, a sufrir y, sobre todo, a orar para que se arraigue cada vez más en Cristo nuestro camino de conversión”... “Así, la Beata María Gabriela Sagheddu, que une graciosamente al nombre del Ángel de la anunciación, el de la Virgen de la escucha, se convierte en signo de los tiempos y modelo de ese “ecumenismo espiritual, al que nos ha vuelto a llamar el Concilio. Ella nos anima a mirar con optimismo –más allá y por encima de las inevitables dificultades propias de nuestro ser de hombres– a las maravillosas perspectivas de la unidad eclesial, cuya afirmación progresiva está vinculada al cada vez más profundo deseo de convertimos a Cristo, para hacer operante y eficaz su anhelo: *Ut omnes unum sint!*”.